

Cuentos del paraíso de las islas

12-05

Arcadio y los pastores (Novela africana y pastoril)

emilio.sola@cedcs.eu

Colección: E-libro: El paraíso de las islas

Fecha de Publicación: 19/11/2023

Número de páginas: 14

I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

Archivo de la Frontera: Banco de recursos históricos.
Más documentos disponibles en www.archivodelafrontera.com



Licencia Reconocimiento – No Comercial 3.0 Unported.

El material creado por un artista puede ser distribuido, copiado y exhibido por terceros si se muestra en los créditos. No se puede obtener ningún beneficio comercial.

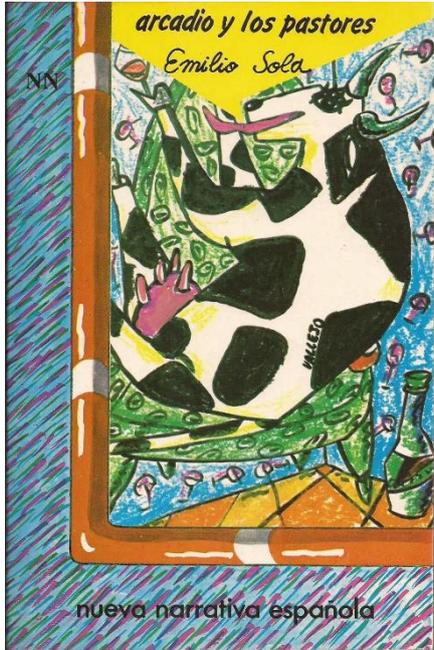
El *Archivo de la Frontera* es un proyecto del **Centro Europeo para la Difusión de las Ciencias Sociales (CEDCS)**, bajo la dirección del Dr. Emilio Sola.

www.cedcs.eu
info@cedcs.org

Cuentos del paraíso de las islas

12

05 Arcadio y los pastores



“Arcadio y los pastores (Novela africana y pastoril)” fue publicado en 1986 por Ediciones Libertarias, una editorial fundada por Antonio Huerga y Charo Fierro, que luego vendieron su fondo a Produfi, con lo que pasó a denominarse Libertarias-Produfi. Su tiempo literario es en torno al año 68 después de la Gran Guerra (GG) y muerte de Juan Bravo (JB), unos 16 años después de la muerte de don Borondón el Antiguo, en la cronología utilizada en el llamado “Paraíso de las islas”, en el que viven los redactores o amanuenses, y nosotros mismos también sin duda. El texto procede, como siempre estos relatos, de la Biblioteca de don Borondón o del Naranjal, y uno de sus personajes es precisamente Fito Naser, quien está ahora al frente de esa casa y biblioteca habitada que fue la casa de don Borondón o del Naranjal, junto con el protagonista principal del relato, incluido en su título, Arcadio, Arcadio el hijo de Ulrica.

En el Archivo de la frontera hay una primera edición digital de 2015, que puede consultarse aquí:

<http://www.archivodelafrontera.com/e-libros/arcadio-y-los-pastores-novela-africana-y-pastoril/>

La presente edición se hará en 21 fragmentos, tal vez 22 en total, para hacerlos breves en esta segunda edición digital, ocho años después de la primera, para que resulten más legibles:

12-00, 12-01, 12-02, 12-03, 12-04, 12-05, 12-06, 12-07, 12-08, 12-09, 12-10, 12-11, 12-12, 12-13, 12-14, 12-15, 12-16, 12-17, 12-18, 12-19, 12-20, 12-21

He aquí el índice del relato, según la edición en papel de 1986:

INDICE

PRIMERA PARTE

- | | |
|--|----|
| 1. Simón el Mago y la Casa despertador de pájaros. | 9 |
| 2. Conversaciones de Simón el Mago y Sidi Abdelhakim
Bushacor sobre el padre del cuchillo | 13 |
| 3. Las leyendas de Hamam Masjutín, el baño de los maldecidos, y la fiesta de la flor y de la pintura de Suk Ahrás. | 22 |
| 4. El grupo del valle del Mago | 32 |
| 5. La compañía de Leila Naser en Guelma y los amores de
Leila V y Estambuli Entrambosaires | 40 |
| 6. Leila Naser madre, IV para entendernos, Leila hija y Estambuli charlan sobre el pasado | 50 |
| 7. Filis, Yeni y el grupo del valle del Mago | 61 |

SEGUNDA PARTE

Introducción del amanuense con homenaje a un viejo amanuense, ex-agobiado, desaparecido

- | | |
|---|-----|
| 1. La vida en el valle del Mago, con el cambio de amanuense en el relato y la historia de Claudia Auani y Flora Abenza | 75 |
| 2. Don Fion y Claudia Auani en el calvero del perro y de la cabritilla | 87 |
| 3. La compañía de Leila Naser en el valle del Mago | 97 |
| 4. Los rebaños de la trashumancia en el valle del Mago, con la historia de Catalina Ivanova, la niña meada por los perros | 106 |
| 5. La breve experiencia de trashumancia de Leila Naser V, con una interpolación amplia del amanuense segundo de este relato | 114 |
| 6. Los amores de Alí Hamuín y Claudia Auani, con la preñez de ésta y su abandono del valle del Mago | 124 |
| 7. El dramático llamamiento del demógrafo Paulov | 134 |

TERCERA PARTE

Introducción del segundo amanuense, con nuevo homenaje al amanuense ex-agobiado

1. Historia de Yosín y respuesta de la gente al llamado de Cristino Paulov.	145
2. Los niños de mayo. La Coronela en el valle del Mago y primera infancia de Arcadia Copruku	150
3. Disgresiones del amanuense sobre la dinastía de las Leilas Naser	166
4. Sobre Olga Marruz y sobre el tercer año de la experiencia simoniana, con los preparativos primeros para la Universidad ganadera de Hamam Masjutín.	177
5. Muerte de Sidi Abdelhakim Bushacor y abandono de Arcadio del valle del Mago. Algunas consideraciones sobre la toma de Casentina	187
6. El viaje de Arcadio por el paraíso de las islas, mensajero o embajador de la "Arcadia feliz", y susto a su regreso a Guelma	199
7. Arcadio en la toma de Casentina, con la fiesta de la matanza del cerdo y del cordero, accidente de Arcadio y preparativo final del viaje con Fito Naser fuera de la Arcadia. . . .	210
Dedicatoria y Final	223

nuevos materiales encargados para la casa despertador de pájaros, y por la noche hubo animada fiesta. Llegaban los nuevos bastante al corriente del proyecto, pero todas las anécdotas de los incidentes de la primera fase del tal les interesaba sobremanera. Flora y Claudia cantaron, Estambuli se despidió de su guitarra —no quiso llevársela consigo, “total, por tres semanas”, decía— y Simón escribió cartas para Leila, Abdelhakim y otros amigos. A Arcadio se le veía dubitativo, pero al final decidió que partiría con Estambuli y las dos chicas. “Dos semanas no es mucho”, además de que iniciar el censo de animales de la región podía ser tan interesante —estaba claro que no más— como los asaltos a vacas para ordeño, por ejemplo.

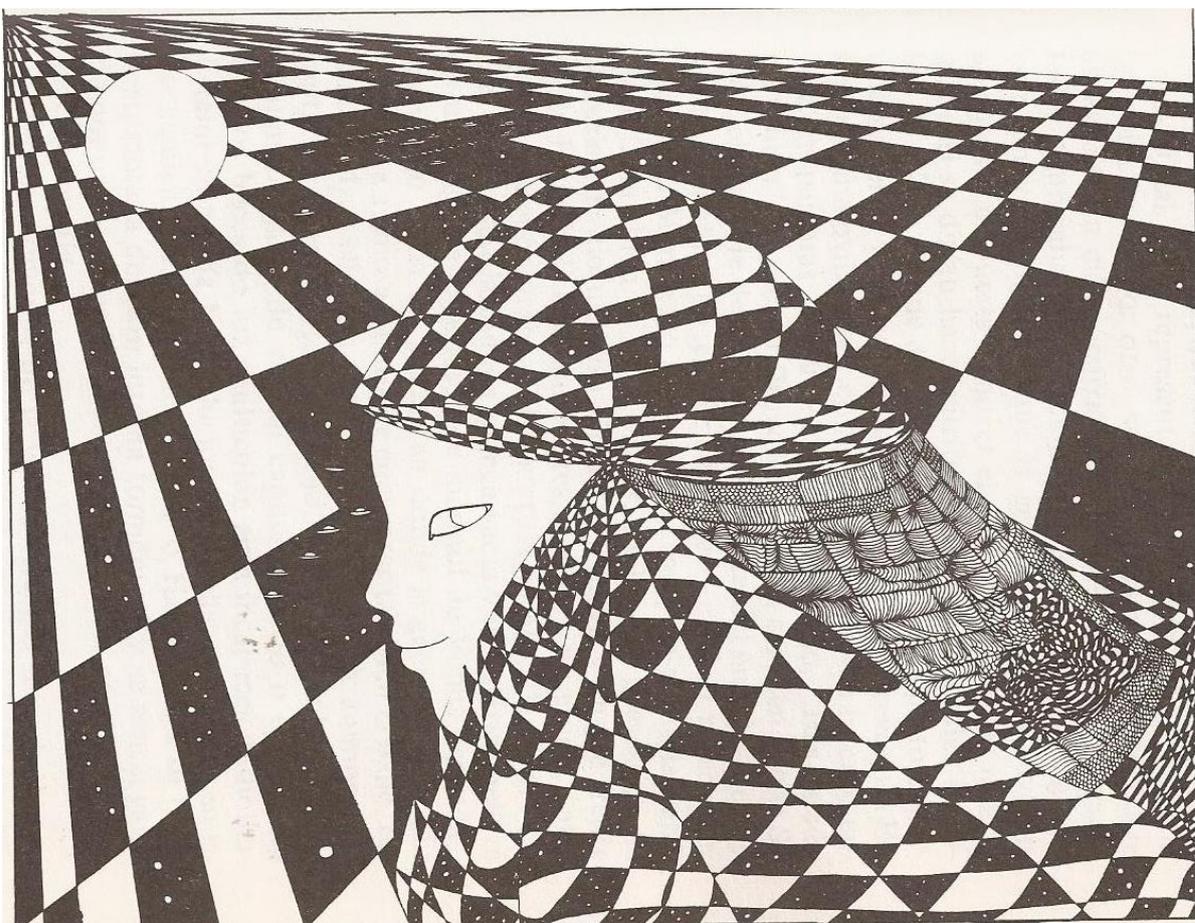
Uno de los chicos que llegaban era hamuín, conocido de Simón —tutor suyo, en cierta manera, había sido—, y los otros dos y una de las chicas venían de la casa del naranjal, en donde habían trabajado con Erik Andersen, tan amado del Antiguo. Una de las chicas les comentó que a Erick Andersen, tan gruñón como siempre y de tan mal carácter, le había interesado mucho la experiencia de la Arcadia africana del Mago y le había prometido que, en cuanto fuera posible, pasaría por allí. A Simón le halagó eso, aunque opinó que un agricultor nato como el Andersen solía no comprender muy bien a los pastores. Las dos chicas restantes que componían el grupo de recién llegados eran orientales, turca la una, palestina la otra, ya veteranas del paraíso de las islas. La turca, que se decía riendo jenízara —la palestina se decía igualmente con buen humor filisteo—, era de gran belleza y fortaleza física; aparentaban —y eran las mayores del grupo— la treintena.

5.—El teatro romano de Guelma estaba espléndido con la nueva instalación eléctrica que Sergei de Duvrovník había ultimado para aquella representación de gala de inauguración; de la dorada luz de amanecer a la violeta del final de la tarde o azulada, a las rojizas o verdosas de interiores y escenas oníricas, a los contrastes de zonas iluminadas y fondos de impenetrable sombra, una amplia gama de jue-

gos de luces transformaba de manera insólita el durante el día estático escenario. Malik, el chico de Mali —de la legendaria Tombuctú, a orillas del Níger—, maestro en telas pintadas, había realizado una serie de piezas magistrales para telones del decorado y había acudido a la región para la inauguración de aquella temporada peculiar de la compañía que había formado Leila Naser —V, para entendernos. Felice Otromundo había escrito un muy meditado libreto sobre un tema que juzgó adecuado: el viaje a un oasis del sur del padre del cuchillo— que él mismo encarnaría como actor—, y el divertido encuentro de dos de las mujeres del grupo —encarnado por las dos Leilas Naser, madre e hija— con dos pastores hamuínes —uno, el propio Sergei de Duvrovnik, el otro un chico guelmés llamado Hakim—, base para humorísticas escenas de contrastes entre dos concepciones del mundo muy divergentes; las alusiones a la literatura pastoril de la antigüedad clásica más lejana y de la menos alejada en el tiempo clásica renacentista eran obvias, tanto en los nombres de los personajes como en las abundantes digresiones sobre el amor —que provocaban la hilaridad de los espectadores, sobre todo cuando en ellas intervenía socarrón el padre del cuchillo—, ingenuas o brutales, propias de adolescente soñador en algunas ocasiones, de desengañado realismo en otras, siempre creadoras de graciosas síntesis preferentemente en boca del tan mentado Lauari Bujudmi. Leila Naser hacía de “pastora Marcela”, su madre Leila Naser IV de experimentada y de vuelta de todo dama norteña incapaz de pastoralizar Silvana, Sergei y Hakim de los hamuínes Kader y Mohamed, noble y sentencioso el primero, joven gracioso y vital el segundo, magistralmente interpretado por el chico Hakim, la chispa de sus ojos y sonrisa digno oponente a la maestría y belleza de la más joven de las Leila Naser. Porque la verdadera estrella de aquella noche era la Marcela/Leila Naser, y su vestuario y expresión corporal admirables, como su dicción vibrante y su manera de recitar y cantar —con Olga Marruz había compuesto las melodías y de ella había recibido indicaciones valiosas de estilo—, en sus diálogos serios con Mo-

hamed Hamuín/Hakim el silencio del auditorio era denso, en los diálogos o situaciones cómicas general la carcajada o la risa nerviosa por emocionada que se queda a medias en la garganta; Felice Otromundo/padre del cuchillo, como siempre, arrollador y convincente.

Simón el Mago no había querido desplazarse a Guelma, pero había insistido en que los cuatro chicos del primer turno de trabajos del valle del Mago —Arcadia como ya decían, y un poco en honor a Arcadio— se trasladaran unos días allá y le dejaran a él con el grupo de relevo y en las primeras sesiones de información que los cuatro ya veteranos podían obviar. Así pues, Estambuli, Arcadio y las chicas Flora —le decían preferentemente así— y Claudia ocupaban un lugar en la platea del teatro de Guelma, Estambuli en la primera fila de butacas —había traído una carta para Leila Naser y no había podido dársela antes de comenzar la función—, cerca de la entrada de camerinos. Cerca de él, Fito Naser y otra gente del lugar y visitantes, seguían jocosos la función. Habían pasado, antes de llegar a Guelma, por el balneario de Hamam Masjutín que dirigía el viejo sidi Abdelhakim Bushakor y allí se habían dado un baño y masajes que los habían liberado de cuatro semanas largas de polvo y sudor, remozado fuerzas, realzado el saludable —envidiable, inmejorable— color. Oscurísima y encendida su mulatez, Estambuli no parecía participar de la bulliciosa acogida de sus vecinos en el espectáculo, más se le veía grave y sorprendido que relajado o reidor de gracias. Y era que la salida a escena de Marcela —no había reconocido de momento a Leila Naser en ella— le había producido un raro picor interno, como cosquilleo de esos “tubos interiores tan llenos de misterio”, que dijera aquel poeta, sensación inquietante y placentera que no había dejado de acentuarse con la progresiva “pastoralización” —en traje y discurso— de la ya reconocida Leila Naser/Marcela. Hubiera deseado vivamente ser Hakim/Mohamed, ser él quien le dijera las palabras tiernas cuando éste se las decía, ser él quien rozara su piel cuando el pastor en la escena la rozaba, llegó a sentir verdadera desazón desconocida para él



hasta entonces a medida que avanzaba la representada fábula, casi envidia —“¿tal vez hubiera debido ser actor?”—, llegó a preguntarse— de aquel chico de Guelma que tan cerca tenía a la Marcela que le fascinaba.

Al final de la representación —por un lado le pareció brevísima pero, por otro, se descubría con ganas de que se abreviara aún más—, corrió a camerinos mientras el presentador anunciaba la actuación de Olga Marruz y un grupo con canciones oranesas que la gente acogió con lluvia de aplausos y dispuesta a mover el cuerpo a la luz de ráfagas que casi se dirían haces vitrificados por su densidad de color. Y a la luz tenue del camerino en donde la pastora Marcela se vestía o desvestía de Leila Naser, o al revés, un Estambuli inmovilizado y con ojos muy abiertos intentó encontrar palabras con una carta en la mano. “Has estado muy bien”, musitó al fin, y le tendió la carta en la que Simón el Mago le deseaba toda la suerte del mundo, a ella y a su compañía, en el iniciado nuevo camino a recorrer; “que Olga Marruz no beba mucho ron y se cuide la voz”, escribía también el viejo pastor. Leila —ya desvestida de Marcela— le dio un beso rápido al inmóvil y en pie frente a ella Estambuli Entrambosaires, y salió —un grupo, entre los que se encontraba Fito Naser, la jaleaba a la puerta del camerino, bajo la mirada blanca vacía y de estática belleza de una gigantesca estatua de mármol de Venus desnuda— y se alejó hacia las gradas en donde la gente bailaba, sus cuerpos a ritmo a punto de comenzar también el baile, Estambuli tras ellos un tanto triste al no sentir ánimos para imitar su ligero trote y regocijo. Desde la sombra de una columna gigante de vegetal capitel corintio o compuesto que los haces de luz multicolor eran incapaces de hollar, Estambuli seguía las evoluciones de Leila —siempre a su lado alguien, preferentemente Fito o Hakim, para su desacostumbrada desazón interna tormento— y se sentía ganado por unas tremendas ganas de llorar. Algo pasaba allí que no comprendía.

En un momento de la velada Arcadio descubrió a su amigo —le había buscado infructuosamente más de una ho-

ra— y se acercó contento hasta él, en su mano una ramita de olivo y otra de acebuche, la viveza de su rostro transfigurada por los colores que a todos envolvían con etérea caricia. La música oranesa había provocado el delirio entre la masa ondulante de gente que bailaba y Arcadio observó que a su amigo le pasaba algo raro, no usual al menos, sintió que debía respetar su voluntario retraimiento y volvió a las gradas bajas con un grupo de chicos que seguían de cerca la habilidad de los músicos con la derbuca, saxo, trompeta e instrumentos de cuerda —aquellos solos de laúd en las entradas que preparaban la explosión rítmica—, las contorsiones del cantor. Cantaron luego a dúo Leila Naser y Olga Marruz —cuando Leila pasó al lado de Estambuli para subir a la escena le sonrió y con aquella sonrisa había de soñar el chico todo el resto de la noche— aires antillanos. Poco a poco después, ya era tarde, la gente se fue dispersando. Leila, Olga, Fito y otros más se habían rezagado y charlaban en un rincón alto del teatro; Estambuli salió de la sombra y se aproximó a ellos; Arcadio se le acercó para decirle que se iba a dormir y que hasta luego. Los otros bromeaban —sobre todo Fito— de las incidencias y anécdotas de la velada. Estambuli se atrevió a decirle a Leila “has estado muy bien”, y la chica se lo agradeció sonriente. Iba a amanecer. Se fueron también ellos a dormir.

Por las calles de Guelma vacías el grupo se dirigió a la casa que tenían asignada. Estambuli se acercó a Leila y en un momento oportuno le dijo con sencillez que le dejara dormir esa noche cerca de ellos; ella le dijo que como quisiera, que sitio había; luego le preguntó si no estaba a gusto en su casa con la gente.

—Sí, pero me apetece estar cerca de vosotros... Cerca de ti.

Leila rió con ganas, le dio una palmada en la espalda y se le colgó del brazo. Le dijo que era un muchacho encantador, que ya hablarían al día siguiente, que haber cómo estaba la casa de gente aquella noche.

—Porque hay días que aquello parece la plaza del pueblo en día de fiesta o un mercado, ¿sabes?

Hubo suerte. Leila Naser madre —IV, para entendernos— y Felice se habían instalado en la habitación alta de la casa que daba a la terraza, Olga se fue a dormir con Hakim a otra casa, otro grupo se instaló en la sala grande de la planta baja y Fito, Leila y Estambuli lo hicieron en la habitación contigua, abarrotada de trastos pero la más fresca. A la luz tenue del amanecer Estambuli, insomne, desvelado, observó largo tiempo el perfil, recién descubierto muy hermoso, de Leila Naser dormida, y se durmió al fin, un poco más allá el resuello agitado de la respiración de Fito Naser.

Por la mañana —mejor a mediodía, pues esa hora pasada debía ser— la casa se fue llenando de ruidos, de gente de paso, de subidas y bajadas a la azotea, y resultó imposible seguir durmiendo en aquel lugar. Fito fue el primero en abandonar su colchoneta y, enrollado en una manta de franjas azules, violeta y amarillas dijo que se iba al baño, que quería relajarse un poco antes de comer. Leila le dijo que si la esperaba le acompañaría, pero que quería vestirse algo y arreglarse el pelo, que no quería salir hecha un espantapájaros como estaba. Fito insistía en que se echara una manta por encima y que luego en el baño se acicalara, pero la chica se empeñó en vestirse. Estambuli, medio dormido aún, les dijo que también él les acompañaría.

—¿Has dormido bien? —le preguntó Leila mientras buscaba algo por allí para ponerse.

—Muy bien —y se incorporó, vestido como se había acostado, y se alisó la ropa con golpecitos con la palma de la mano abierta, como si se quitara el polvo de encima.

La habitación de la casa en donde habían dormido estaba decorada bonito; un gran cartel de colores con la foto de Gina Manfredi con el niño Prisciliano^f en brazos, con fondo muy azul de mar y cielo, sin duda en sus años de Gozzo, algunas fotos de Leila Naser caracterizada en diversos personajes dramáticos, un tapiz en donde un felino atacaba a una gacela que reproducía una vieja estampa muy popular en toda la región y en oriente y que Estambuli había visto infinidad de veces en su niñez, algunos cajones cerrados apilados en un rincón, instrumentos musicales, al-

gunos libros... Estambuli tomó una guitarra, hizo sonar algunos acordes y se entretuvo en afinarla un poco.

—Hay que meterle mano a esta habitación —decía Leila mientras terminaba de trenzar su pelo negro.

—Siempre dices lo mismo, chica —le respondía Fito, y con tono afectado de voz—. De hoy no pasa...

—Sí, de hoy no pasa; es una vergüenza que en quince días esto siga así...

Olga Marruz entró a buscar algo, le dijeron que iban a darse un baño y se animó a acompañarlos. Estaba pálida y un poco ojerosa. “Me irá muy bien porque estoy agotada”, comentó. Y allá se fueron los cuatro, Fito enrollado en la manta de colores.

Había varios baños en la ciudad, más de la mitad de ellos funcionando a la manera tradicional, con horarios diferentes para hombres y mujeres —durante el día femenino, al atardecer y al amanecer para los hombres, por la noche dormitorio colectivo para transeúntes—, pero cada vez más baños, aún manteniendo su estructura de siempre y las mismas instalaciones, pasaban a ser baños mixtos y, en los más modernos, con patio jardín al aire libre y piscina. Cuando sidi Abdelhakim Bushacor había vuelto a Guelma, años atrás, con un grupo de compañeros de los que aún alguno, ya viejo como él, quedaba en la zona, habían construido un “baño moderno”, como decían en Guelma, con sala interior de columnas para vestuario y descanso tras el baño, varias salas de diferentes temperaturas de suelo y ambiente, cañerías y griferías metálicas y pilones móviles aunque pesados de mármol pulido, al que habían añadido un gran patio exterior con una piscina mediana y otra pequeña y poco profunda para niños, muy utilizadas más de la mitad del año, cuando el tiempo templado o cálido lo permitía. El Hamam Yedid o Baño Nuevo había sido muy popular y polémico a la vez en los primeros tiempos, hasta que había terminado por imponerse como modelo; todos los baños posteriores se habían de construir así y el hamam tradicional fue quedando poco a poco relegado para uso de las personas más viejas o ancladas en lo antiguo y

para el invierno. En torno al Hamam Moderno, como en las termas antiguas, surgió una peculiar vida social, y no era raro que con el buen tiempo la gente organizara sus fiestas en el jardín de un hamam apalabrado al efecto.

Había mucha más gente en las piscinas del exterior que en las salas calientes, pero Fito, y con él Leila y Estambuli —Olga Marruz se desvistió rápida y corrió directamente a la piscina, había alguien por allí que le interesaría sin duda— prefirieron pasar al interior, casi vacío a aquellas horas, tenderse un rato sobre el suelo caliente y relajante del hamam, que el masajista amasara sus cuerpos. Desnudos y con el faldellín que les cubría de cintura a rodillas entraron en la sala primera, la menos caliente; había dos o tres personas nada más. Estambuli le dijo a Leila que le dejara darle un masaje y la chica le miró de reojo, media sonrisa cómplice. “¿Sabes tú dar masajes?”, le preguntó Fito. No era especialista, pero el que hacía relajar la columna vertebral y los homoplatos y cuello lo conocía. Fito le dijo que él le enseñaría los puntos buenos para riñones y entre los dos, el cuerpo de Leila como mesa peculiar de laboratorio o masa de panadería, se intercambiaron conocimientos y habilidades.

—Me habéis dejado como nueva.

Fito y Estambuli se amasaron mutuamente; cuando pasó el masajista por allí para preguntar si alguno necesitaba de sus servicios le dijeron que otro día, le preguntaron dos o tres detalles sobre sus técnicas y siguieron charlando. Estambuli les contó el parto de la ternerilla Neyma o Estrella y lo emocionante que se presentaba la fase siguiente de la experiencia, el furor y susto de una vaca salvaje cuando se sentía agredida en el ordeño por la fuerza, la lentitud de los progresos... “Me gustaría ser pastora una temporada”, comentó Leila, y Fito le dijo que podía programarse, que estaba previsto eso y, además, precisamente en ello estaban.

—Entre espectáculo y espectáculo, después de una gira larga, un par de semanas de pastora puede sentar divinamente —pensaba en alta voz Leila V.

Y Estambuli pareció alegrarse con la idea de la muchacha. Evocó para ellos las tertulias de la noche, la bóveda estrellada, los atardeceres y amaneceres, los juegos de las manadas cerca del abrevadero...

—Para la próxima primavera, eso es —confirmó Leila—. Los quince días antes de la gira de primavera, cuando tienes la cabeza loca tras los tantos ensayos y ese picorcillo previo a la gran prueba del estreno, eso es.

En torno a una hora habían permanecido en el hamam y al volver a la casa se les unió Olga Marruz. Su rostro había perdido la palidez y lo demacrado de la mañana y había recuperado el aire saludable normal de su aplomada y exuberante constitución.

—Me he hecho tres largos de piscina. Estoy en plena forma.

En la casa Leila Naser IV y Felice Otromundo les dijeron que nadie había tenido tiempo ni ganas para preparar algo de comer, que la gente se había ido al autoservicio de la plaza de los leones, antigua de los mártires, y hacia allá se fueron todos. Cuando estaban terminando de comer se acercó Arcadio para decirle a Estambuli que los esperaban en las dos primeras granjas que debían visitar; había recogido de la casa de la computadora toda la documentación que precisaban, los estadillos y formularios a rellenar, toda la información precisa en fin. Estambuli, antes de salir con su compañero, se acercó a Leila para despedirse.

—Me he sentido muy bien a tu lado —le susurró casi al oído, muy serio él, ella sonriente—. Si no te molesta, pasaré a última hora de la tarde por el teatro para verte y estar con vosotros en la cena.

—Como quieras —y Leila le dio un beso en la mejilla—. Hasta luego, pues.

~~6.—A Leila Naser la fijación con su persona recién nacida en Estambuli, de entrada, le hizo más gracia que otra cosa. Verle rondando con frecuencia por el lugar en donde ella se hallara llegó a convertirse en algo familiar —en el sentido~~